

*Es cosa dulcísima
fijar en él los ojos
y contemplar y meditar
su pura y divina hermosura
y, mediante esta comunión,
ser iluminados y bendecidos,
ser colmados de dulzura espiritual,
ser revestidos de santidad,
adquirir la sabiduría
y, finalmente, rebosar
de una alegría divina que se extiende
a todos los días de nuestra vida*

*San Gregorio de Agrigento
(s. VII)*



■ nº 2 *El aire* *de la almena*

Pistas para la oración personal

La oración no es algo que dependa de nosotros solos. Al contrario: es obra de Alguien en nosotros. Aprender a orar significa, por tanto, aprender a escuchar, a esperar, a quedarnos quietos esperando el paso de Dios.

Nos cuesta entender esta idea porque normalmente estamos deseosos de fórmulas, técnicas y consejos que nos ayuden a “hacer” oración. Entendemos la misma como un esfuerzo que nos toca realizar para comunicarnos con Él. Y sin embargo, los grandes maestros nos invitan en la dirección contraria: se trata de “dejar de hacer” para que el Amado sea el que “haga” en nosotros. Nos resistimos a esta idea, entre otras cosas, porque no terminamos de concebir que pueda pasar algo en nuestro interior sin que nosotros seamos los que lo provoquen. Y sin embargo, ahí reside el misterio profundo de la oración.

Orar significa presentarnos ante Dios dejando en suspenso todo nuestro hacer, todo nuestro pensar, todo nuestro decir... Para que sea Dios el que haga, piense y diga en nosotros. Nuestro único esfuerzo tiene que ser dejar de hacer esfuerzo y abandonarnos confiadamente en Él. En definitiva, orar supone ponernos a esperar un encuentro, y mientras tanto, permanecer vigilantes. Espera y vigilia, las dos actitudes básicas del que ora. Dos actitudes que no necesitan palabras, ni siquiera pensamientos.

Esta idea de oración es más complicada, porque este “no hacer, no decir, no pensar” , este simplemente esperar, no resulta fácil para nuestras mentes generalmente tan dispersas. Requiere sin duda práctica y constancia. Pero conforme te adentras en ella, sentirás que es la única que te acerca realmente al Misterio que es Dios.



Palabra de Dios

“ Venid por agua todos los que estáis sedientos; venid aunque no tengáis dinero; comprad trigo y comed de balde, vino y leche sin tener que pagar. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no sacia, el salario en lo que no quita el hambre? Escuchadme atentamente y comeréis bien, os deleitaréis con manjares. Prestad atención a mí; escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros una alianza perpetua, seré fiel a mí amor por David”



Is 55, 1-3

Sugerencias para orar con este texto:

- *Quizás tengas la experiencia de estar sedienta/a, a pesar de gastar tu salario entero en cosas que no sacian. Viviendo tan deprisa en este gasto, creemos apagar la sed... pero a poco que nos detengamos, no estamos tan satisfechos. No te dé miedo preguntártelo: en el fondo de tu vida, ¿de qué tienes sed?*
- *“Escuchadme atentamente, y comeréis bien...” Dios no te pide atención para revelarte cómo apagar esa sed, sino que el hecho mismo de escucharle, de prestarle atención, es lo que apaga la sed. Despierta tu deseo de escucharle.*
- *Y todo ello de un modo gratuito, sin que Dios pida de ti nada a cambio, sin que te haga firmar ningún contrato. Él es el único que se compromete. Saborea esta gratuidad en la relación con Dios.*

Mi dulce incógnita

Tú, tú me has incendiado en colores mi alma; mi alma en las galerías del doblado, sobre el mar de la siesta.

Mi alma, por los matices y los contrastes, entre los estanques ardientes y los frigidísimos, la escala de las delicias.

Tú me lo has dado, mi Dios, mi pozo, mi llama, mi amor, mi espanto, mi oquedad.

Yo tiemblo, cardo estéril, endrino amargo.

¿Qué te he dado yo a ti desde la lumbrarada de mi alma en el acuario de las luces?

Tú me has dado la forma, y la perspectiva, arquitecto, inventor de mis estancias, y el color y el olor, jardinero de mis pensiles.

Tú has incendiado mis jardines en tu gloria.

¿Qué te he dado yo a ti? Yo te llamo 'Dios', y es lo único que supe darte.



Tú me has dado mi ser, y me lo has llenado con mi existir; yo a ti, un nombre.

Porque yo te llamo "Dios": nombre es lo único que supe darte.

Cuando yo te llamo "Dios" te devuelvo todas las sensaciones, toda la miel y el oxígeno, todo el incienso y tus estanques,

y la circunvalación de mis glóbulos,

y mi ser y mi existir, y las tenebrosas galerías de mi origen y mi desconocida causa.

Recíbeme en lo único que te puedo dar, en ese nombre con que te nombro, "DIOS".

Yo digo "Dios", y quiero decir "te amo",

quiero decir "tú, tú que me ardes",

quiero decir "tú, tú que me vives, vivísimo, alertísimo",

te digo "Dios", como si dijera "deshazme, súmeme",

como si dijera "toma este hombre-Dámaso,

esta diminuta incógnita-Dámaso,

oh mi Dios, oh mi enorme, mi dulce Incógnita".

Dámaso Alonso

1. Después de hacer una primera lectura del poema, permanece en silencio durante un buen rato. Relaja tu cuerpo y tu mente, poniendo en práctica lo que dice la primera página: no trates de hacer, sino simplemente ponte en actitud de espera. Disfruta así del silencio y de la relajación, como si fuera lo único que tienes que hacer en este momento.
2. Vuelve al leer el poema de Dámaso Alonso, pero esta vez más reposadamente, haciendo tuyo lo que dice. Saborea ese "mi Dios, mi llama, mi amor, mi espanto, mi oquedad", tragando de entender por qué llamas así a Dios.
3. Intenta descubrir en ti lo que sugiere la primera parte del poema: ¿qué te ha dado Dios a ti? No repasas las cosas externas, sino lo interno a ti:... "inventor de mis estancias".
4. La única respuesta que le puedes dar a Dios es pronunciar su nombre, nombrarle. Dios no necesita que le digas nada, todo lo sabe de ti: sólo quiere escuchar su nombre en tus labios. Dedica un rato en tu interior a pronunciar ese nombre con autenticidad, llámalo desde lo más hondo de ti. Que el nombre de Dios no sea algo hueco en ti.

EL RELOJ

Una de las razones por las que no tenemos tiempo para pensar y reflexionar nos la señala Marinetti, que llega a afirmar: «se ha pasado de la exaltación de la inmovilidad pensativa a la magnificencia de una nueva belleza: la belleza de la velocidad. Hemos entrado, sigue afirmando, en la nueva religión de la velocidad y un nuevo mal, la lentitud». Expresión de esta nueva adoración es la embriaguez de las grandes velocidades de automovilismo y motos. Los deportistas son los primeros catecúmenos de esta religión. Su gran símbolo es el «reloj». El reloj, que todo el mundo lleva, se ha convertido en el cronómetro omnipresente y poderoso del mundo moderno. Tanto en el trabajo como en el ocio, en la juventud como en la jubilación, el reloj está presente, reduciendo nuestra vida diaria a los datos indicadores del tiempo mecánico. ¿Con qué objeto? Sencillamente para que todos nosotros, como trabajadores, usuarios de los medios de transporte, consumidores o partícipes en cualquier otra actividad, procedamos siempre de un modo racional y con un fin determinado. El reloj se ha convertido en el aparato clave de la moderna era industrial.

La consecuencia de este mecánico dominio es que toda persona ha de estar disponible en cualquier momento, porque el reloj no distingue el contenido del tiempo ni respeta en modo alguno las circunstancias. Todos estamos apresados por esta fiebre de la velocidad, de las prisas, de tal modo, que ya se ha hecho normal: «no tengo tiempo», «no hay que perder tiempo»... El deber es más importante que la fiesta. El tiempo confiscado exclusivamente por el «hacer» se convierte paradójicamente en tiempo perdido para «vivir». Éste es el gran precio que hay que pagar. La cultura de la velocidad y de las prisas exige sacrificar el tiempo para disfrutar de las relaciones humanas; se les roba tiempo para prestar atención a los demás con el agravante de que las cosas van prevaleciendo sobre las personas. Así es muy difícil salvar el éxito en la profesión y en los negocios y una vida familiar intensa y cuidadosa. La persona queda reducida a su función de rendir y de consumir, que le absorbe todo su tiempo, excepto el tiempo para alimentarse y descansar. Pues se nos ha convencido que lo importante para conseguir reconocimiento y admiración no es el «ser», sino la rapidez en producir, ya que el hombre es valorado por la cantidad de trabajo realizado. Mentalidad que también nos ha contagiado en el campo religioso y pastoral. El hombre de las prisas no tiene tiempo para reflexionar, contemplar; no le queda tiempo para vivir y para amar. Las prisas se oponen a la ternura que tanto necesitamos. No hay ternura apresurada. Además se da una estrecha relación entre las prisas y la violencia. El apresurado lo quiere todo ahora, y la violencia es el camino más corto.

Y sin embargo, Jesús nos presenta a Dios en muchas ocasiones como un banquete. La experiencia de Dios se parece a esa “pérdida de tiempo” que supone disfrutar con los amigos de la alegría y la comida compartida. Quizás estemos olvidando que el tiempo de Dios se parece mucho más al tiempo del ocio y de la diversión, que al tiempo del trabajo, de las prisas, de la eficacia. Ante Dios no podemos estar con traje de faena, sino con traje de fiesta (Mt 22, 1-14)

(adaptado de Felix Felipe)

A través de tu velo

Acercarse a Dios desde el cine

PELÍCULA: “ MILLION DOLLAR BABY ” (Clint Eastwood, 2004)

¿Hay algo capaz de derrumbar nuestras más férreas convicciones? ¿Algo que sea capaz de llevarnos a hacer lo que iría incluso en contra de nuestros principios? Sí: la ternura. Además, incluso siempre nos dejará con la sensación de haber hecho lo que teníamos que hacer. Contempla desde esta perspectiva al protagonista de la película: la misma actitud dogmática que critica en su iglesia es la que él sostiene en su vida personal. Al final experimentará la liberación de tal actitud al haber sido capa de llamar a alguien “mi amor”.